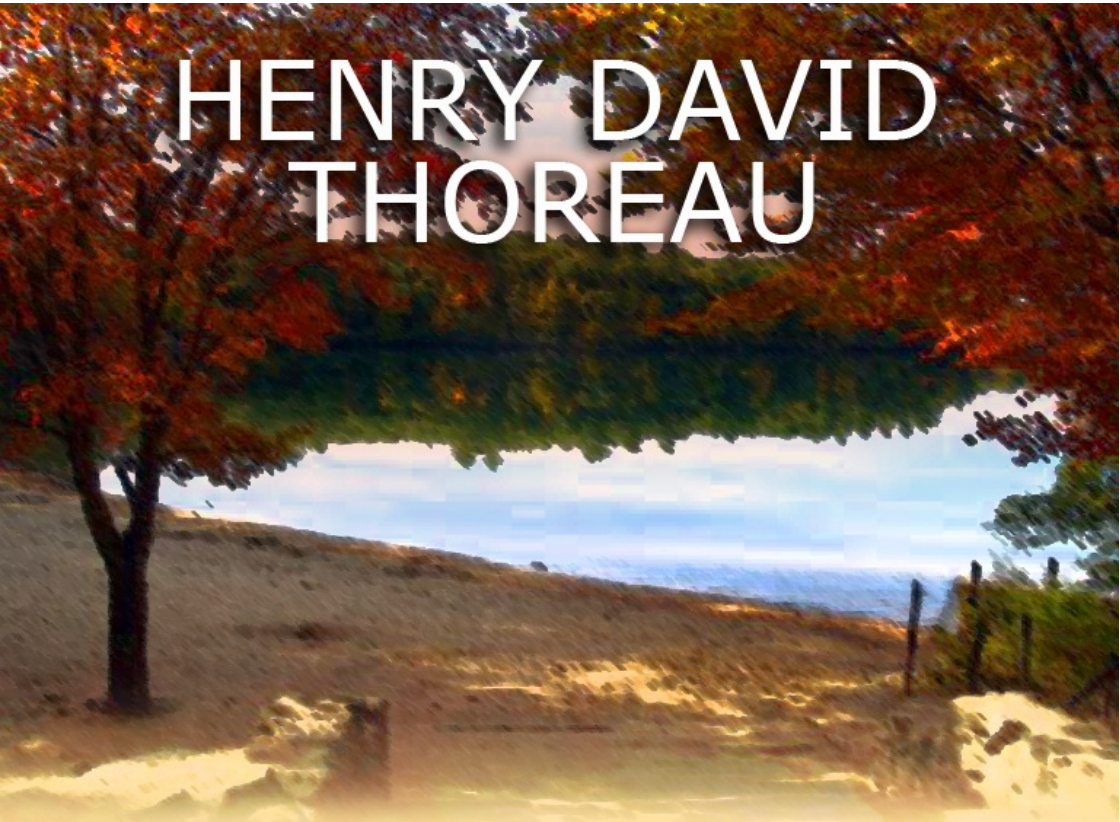

HENRY DAVID THOREAU

WALDEN

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Henry David Thoreau

Walden

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-141-1

Publisher: Vi-Da Global S.A.
Copyright: Vi-Da Global S.A.
Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)
CUIT: 30-70827052-7

Introducción

Estaba dotado de un sentido riguroso de la probidad. Era muy exigente consigo mismo en lo tocante a su propia independencia de criterio, y consideraba que todos los demás seres humanos debían cumplir en igual medida con esa obligación. No tuvo una profesión fija, aunque practicó varias; se rehusaba a renunciar a su gran ambición de conocimiento y de acción a cambio de un oficio estrecho o limitado; su vocación era mucho más amplia: pretendía ejercer el arte de saber vivir. "Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente —escribe—, enfrentar sólo los hechos esenciales de la vida, y ver si no podía aprender lo que ella tenía que enseñar, no sea que cuando estuviera por morir descubriera que no había vivido."

No se casó, vivió solo, nunca fue a la iglesia, no votó, se negó a pagarle al Estado un tributo que a su juicio era injusto, por más que le costara la cárcel. Aunque era un naturalista, jamás recurrió a las armas ni a las trampas del cazador.

La buena ropa, los modales gentiles, la decoración de la casa, las charlas intelectuales y galantes de los salones, no le incumbían; creía que todas esas sofisticaciones eran obstáculos para una buena, humana conversación; le gustaba hablar con los indios, que en materia de Naturaleza eran los únicos que podían tratar con él de igual a igual. Tenía una aversión rayana con el desdén por los gustos, maneras y aficiones europeos, y en especial por los ingleses. Era auténticamente un habitante del Nuevo Mundo, al que creía superior. Por eso dijo Ralph Waldo Emerson: "No existió ningún norteamericano más auténtico que Thoreau".

Los hombres se imitaban unos a otros, estaban hechos sobre la base de un molde minúsculo. ¿Por qué no podía cada uno apartarse lo suficiente de la sociedad hasta ser un individuo realmente autónomo? "Si un hombre no marcha a igual paso que sus compañeros, puede que eso se deba a que escucha un tambor diferente. Que camine al ritmo de la música que oye, aunque sea lenta y remota." Pero no trató de vivir fuera del mundo, sino de toda atadura inconveniente del mundo. Quizás haya sido ese hombre raro y envidiable que ha logrado ser completa y absolutamente él mismo.

Prefería ser rico por frugalidad, por escasez de apetencias: "La riqueza de un hombre se mide por la cantidad de cosas de las que puede privarse". Y quiso abastecerse a sí mismo. En sus viajes, sólo iba por la carretera principal para sortear un territorio que no le interesaba recorrer en esos momentos; evitaba escrupulosamente las tabernas y prefería caminar decenas de kilómetros a subirse a algún carruaje; le gustaba alojarse en las casas de los granjeros y los pescadores, que eran más baratas y rústicas pero también más afines a él, pues allí encontraba los hombres con quienes simpatizaba y los datos que él buscaba sobre el entorno natural.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
31-10-2026

Quería ahorrar "tiempo": tiempo para leer, tiempo para los lenguajes no escritos (los ruidos del campo y del bosque), tiempo para caminar solo, tiempo para la amistosa conversación, tiempo para conocer el cosmos. "Jamás ningún hombre ha valorado tanto el ocio como Thoreau", afirma el crítico Oscar Cargill.

Lo impacientaban las limitaciones de nuestro trillado pensamiento consuetudinario y tenía un instinto polémico y beligerante. De un vistazo comprendía la esencia de cualquier asunto que se tratase y veía las deficiencias e indigencias intelectuales de sus interlocutores; nada parecía ocultarse a su mirada penetrante. Esta condición de su carácter lo volvía poco sociable y lo privó de tener muchos amigos; pero quienes aceptaban sus intransigentes desplantes tenían en él al compañero más puro, el amigo más honesto, ajeno a toda hipocresía. Era la sinceridad misma. La convicción con que los profetas defendían las normas éticas se habría robustecido al ver a un ejemplar humano de vida tan santa. Ermitaño y estoico, estaba empero hambriento de cordialidad humana y se entregaba apasionado a entretener a los jóvenes con interminables anécdotas sobre sus viajes por tierras y ríos poco explorados.

Fue, en forma innata, el vocero y el actor de la verdad en todos los terrenos, sin que le importara, cuando correspondía declararla, la oposición de los demás. Tampoco le importaba hacer el ridículo, como de hecho ocurría con los que lo enfrentaban en cuestiones en las que él tenía un parecer discrepante, que a la larga demostraba ser el correcto. "En cada página de *Walden* —dice su biógrafo Henry Seidel Canby— se percibe la presencia inconfundible de una personalidad, de un hombre semejante a una roca por la solidez granítica de sus principios, a un roble por su reciedumbre inconmovible, a una flor silvestre por su sensibilidad y a un halcón por los vuelos de su imaginación."

Quienes lo conocieron admiraron la maravillosa armonía existente entre su mente y su cuerpo. Sabía encontrar su camino en la oscuridad nocturna del bosque, guiándose más por los pies que por los ojos. Sabía calcular con precisión de comerciante, con sólo verlo, el tamaño de un árbol, el peso de un ternero o el de un cerdo. De una caja en la que había decenas de lápices podía tomar sin mirar y sin equivocarse, rápidamente, una docena por vez. Era buen corredor, nadador, patinador, botero, y probablemente muy pocos de sus conciudadanos podían caminar más que él, y con más provecho, durante una jornada a campo traviesa. "Caminar con él era un placer y un privilegio", dijo Emerson.

Su poder de observación era tal que parecía insinuar la existencia de sentidos parapsíquicos. Veía como si a través de un microscopio, oía como si a través de altoparlantes, y su memoria era el registro fotográfico de todo lo que había visto y oído. Pero a la vez sabía mejor que nadie que no es el hecho lo que importa, el dato empírico, sino la impresión o el efecto que ejerce ese hecho en la mente. Y todos los hechos naturales le interesaban por igual. Su profunda percepción intuía las semejanzas existentes en la Naturaleza, que vistas por el científico dan origen a sus leyes. "No conozco otro genio que tan rápidamente sepa inferir una ley universal de un hecho único", agregó Emerson. En nada se parecía a algunos pedantes eruditos de los departamentos académicos. Su ojo estaba abierto a la belleza, su oído a la música, y su mente acogía todos los hechos como acontecimientos gloriosos que mostraban el orden musical y la plástica belleza de la Totalidad. Su espíritu agudamente sensible se había

rendido a la Naturaleza, de dos maneras: a las múltiples impresiones que su belleza causa en los sentidos y a las conjeturas trascendentes que la comunión con ella sugiere. Esta convivencia religiosa con el mundo natural fue lo que más lo aproximó a Emerson y lo que lo convierte en un antecesor y un par de Whitman.

La otra herramienta con la que conquistaba los obstáculos del mundo natural era la paciencia. Sabía sentarse inmóvil por horas, como parte de la roca a la que estaba subido, para esperar el regreso del ave, el reptil, el pez al que su presencia había espantado temporariamente; y cuando ellos volvían, no sólo reanudaban sin suspicacias sus hábitos corrientes sino que, movidos por la curiosidad, se acercaban a observarlo a él, fijo en su contemplación extática. Las víboras se le enroscaban en la pierna, los peces saltaban a sus manos para que los sacara del agua, tiraba de la cola de la marmota escondida en su cueva y protegía a los zorros de los cazadores. Emerson lo llamaba "el dios Pan".

En él se aunaban la valoración de lo espiritual con un concepto de la animalidad que la moderna civilización degradó luego. "Encontré entonces en mí —y aun ahora lo hallo— un instinto que me llevaba hacia una vida más alta o espiritual, según suele decirse, como lo tiene la mayoría de los hombres, y otro instinto que me llevaba hacia un nivel primitivo y salvaje; y guardo respeto por ambos."

Amó tanto a la Naturaleza, se sentía tan feliz en su solitaria comunión con ella, que recelaba de las ciudades y de la triste e implacable destrucción que sus refinamientos y artificiosidades operaban con la morada del hombre. Sospechaba ¡ya a mediados del siglo pasado! que el hacha y la dinamita terminarían con los bosques.

Concord era apenas una aldea de menos de cinco mil habitantes, en Massachusetts, Nueva Inglaterra, cuando Henry David Thoreau (1817-1862) decidió establecerse en el bosque, junto a la laguna llamada Walden, construir su pequeña cabaña y vivir apartado del trato social durante un tiempo. La experiencia le llevó algo más de dos años, entre 1845 y 1847. De sus apuntes surgió esta obra que es mezcla de diario íntimo de aventurero, apunte de naturalista y borrador de filósofo. Rústica, rugosa y heterogénea como los troncos que usó para su vivienda, *Walden,* o *la vida en los bosques,* publicada en 1854, fue una de las dos grandes obras de Thoreau (la otra fue *Desobediencia civil)* y bastó para cimentarle un lugar fundador en la literatura norteamericana del siglo XIX.

El bosque en el que se instaló junto a la laguna no distaba más de un par de kilómetros de la aldea, y aunque no todos podríamos vivir solos y hacer nuestra cabaña en un lugar así, lo cierto es que el gesto de Thoreau no puede considerarse épico ni heroico. Sin embargo, su breve apartamiento de la sociedad "normal" lo sobrevivió, y hoy sigue comentándose, traduciéndose e influyendo en hombres de talla más heroica, como sucedió en su momento con Gandhi y con Luther King. Haciendo honor al nombre del único grupo de intelectuales con el que Thoreau mantuvo contacto prolongado —el del trascendentalismo norteamericano de la primera mitad del siglo XIX—, el acto que llevó a cabo fue, por su perduración y sus repercusiones, el más trascendental de esa escuela. ¿Cómo se explica esta eficacia de un individuo aislado y de su decisión, en apariencia trivial, de vivir un tiempo separado de los demás?

Thoreau tuvo a su lado un genio que lo comprendió, estimuló y patrocinó (Emerson), el grupo de sus amigos trascendentalistas que eran sus interlocutores válidos y los receptores directos de su mensaje, y una nación en sazón para escucharlo, reproducirlo y potenciarlo: los pujantes Estados Unidos de entonces, no imperialistas todavía, símbolo de la independencia y la creatividad del Nuevo Mundo y de un nuevo experimento social auspicioso para la humanidad.

Un lenguaje íntimo —el del corazón del solitario—, un lenguaje privado —el del grupo que lo rodea y lo apoya— y un lenguaje público —el de una sociedad atenta al cambio, esperándolo— confluyen para hacer de *Walden,* o *la vida en los bosques* mucho más que la crónica minuciosa de un naturalista sobre su entorno vegetal y animal, o el registro por momentos fastidioso del acontecer cotidiano (gastos, actividades, vecinos) propio de un libro de memorias. Thoreau sabía que él era un ser único y que contar su vida diaria no era un menester doméstico. Sabía también que los demás hombres y mujeres no eran menos únicos, y su obra es un manifiesto entusiasta para instarlos a que se dieran cuenta de ello. "Mírame —parece decirnos—, esto que yo hice no lo hice por ser Henry David Thoreau, sino por ser un miembro de la especie humana. Tú puedes. Este es el cuaderno de bitácora de mi experimento. Tómalo corno una guía útil."

Lo definitivo, lo inigualable de Thoreau es que con él nace en el mundo un nuevo tipo de hombre culto, a punto tal que la propia palabra "cultura" cambia con él de sentido. ¡Fuera las hipocresías y mojigaterías de la vida ¡Fuera las frases de moda, la etiqueta, la elegancia, la falsa cortesía! ¡Fuera todo aquello que en nombre del qué dirán nos tergiversa y distorsiona!

'Visto desde la cumbre de nuestra decadencia —dijo de él Henry Miller—, casi nos parece un antiguo romano. La palabra virtud recobra su significado cuando se la asocia a su nombre... Abriendo los ojos, descubrió que la vida proporciona todo lo necesario para la paz y la felicidad del hombre; solamente hace falta usar lo que tenemos al alcance de la mano.

El poema de la creación es perenne, había dicho Thoreau, pero pocos son los oídos que lo escuchan.

—Leandro Wolfson

La Vida en los Bosques

Cuando escribí las páginas que siguen, o más bien la mayoría de ellas, vivía solo en los bosques, a una milla de distancia de cualquier vecino, en una casa que yo mismo había construido, a orillas de la laguna de Walden en Concord (Massachusetts), y me ganaba la vida únicamente con el trabajo de mis manos. En ella viví dos años y dos meses. Ahora soy de nuevo un morador en la vida civilizada.

No habría impuesto tanto mis cosas a la cortesía de mis lectores si no hubiera sido por las muy concretas preguntas que muchos conciudadanos me hicieron con relación a mi modo de vivir.

Me han preguntado qué tenía yo como alimento, si no me sentía solo, si no tenía miedo, y cosas parecidas. Pediré perdón a aquellos lectores no particularmente interesados en mí si en este libro me propongo contestar algunas de estas preguntas. En la mayoría de los libros, el yo o primera persona es omitido; en este será conservado; esa es la principal diferencia con respecto al egotismo. General mente no recordamos que, después de todo, es siempre la primera persona la que habla. No hablaría tanto sobre mí mismo si hubiera alguien a quien conociera tan bien como a mi persona. Desgraciadamente, estoy 1 imitado a este tema por la estrechez de mi experiencia. (...)

He viajado bastante por Concord; y en todas partes, en tiendas, oficinas y campos, los habitantes me han parecido estar haciendo penitencia en mil formas extraordinarias. Los doce trabajos de Hércules eran insignificantes comparados con los que mis vecinos se han empeñado en realizar; porque aquellos eran solamente doce y tenían un fin, pero yo nunca he podido ver que estos hombres hayan matado o capturado algún monstruo o terminado una labor. No tienen un amigo como Yolas que queme la raíz de la cabeza de la hidra con un hierro candente, sino que tan pronto como una cabeza es aplastada, dos más surgen.

Pero los hombres trabajan bajo la influencia de un error. La parte mejor del hombre muy pronto es arada para abono de la tierra. Por un aparente destino comúnmente llamado necesidad, los hombres se dedican, según cuenta un viejo libro, a acumular tesoros que la polilla y la herrumbre echarán a perder y que los ladrones entrarán a robar. Esta es la vida de un tonto, como comprenderán los hombres cuando lleguen al final de ella, si no lo hacen antes.

Hasta en este país relativamente libre, la mayoría de los hombres, por mera ignorancia y error, están tan preocupados con los artificiales cuidados e innecesarios trabajos rudos de la vida, que no pueden cobrar sus mejores frutos. Sus dedos, de tanto trabajar, son demasiado torpes, y tiemblan demasiado. Realmente el jornalero no tiene tiempo libre para vivir con

verdadera integridad todos los días; no le es permitido mantener las relaciones más viriles con los hombres, porque su trabajo sería despreciado en el mercado.

No tiene tiempo de ser otra cosa que una máquina. ¿Cómo va a recordar bien su ignorancia —según requiere su crecimiento— quien tiene que usar sus conocimientos tan a menudo? Algunas veces, deberíamos alimentarlo y vestirlo gratuitamente y abastecerlo con nuestros licores antes de juzgarlo. Las mejores cualidades de nuestra naturaleza, al igual que la lozanía de las frutas, solamente pueden ser conservadas por las manipulaciones más delicadas. Sin embargo, ni unos a otros, ni a nosotros mismos, nos tratamos con esa dulzura. (...)

La mayoría de los hombres viven una vida de tranquila desesperación. Lo que llamamos resignación no es más que una confirmación de la desesperación. De la ciudad desesperada pasamos al campo desesperado, y tenemos que consolarnos con la magnificencia de los visones y ratas almizcleras. Hasta detrás de los llamados juegos y diversiones de la humanidad se encuentra una desesperación estereotípica, aunque inconsciente. No hay diversión en ellos, porque esta viene sólo después del trabajo. Pero no hacer cosas desesperadas es una característica de la sabiduría.

Cuando consideramos cuál es la principal finalidad de los hombres —para hacer uso de las palabras del catecismo— y sus principales necesidades y medios de vida, pareciera que hubieran elegido deliberadamente esta forma de vivir porque la prefieren a cualquier otra; sin embargo, ellos piensan honradamente que no es posible elección alguna. Pero las naturalezas activas y saludables recuerdan que el sol ascendió con claridad. Nunca es demasiado tarde para renunciar a nuestros prejuicios. No se puede creer firmemente, sin pruebas, en alguna forma de pensar o de hacer, por antigua que sea. Lo que hoy todo el mundo repite y acepta como verdadero, puede convertirse en mentira mañana, una mera opinión de humo que algunos creyeron fuera nube que daría agua fertilizadora para los campos. Tratad de hacer aquello que la gente antigua afirma ser imposible de realizar, y demostrad que sí podéis. Los hechos antiguos pertenecen a las generaciones antiguas, y los nuevos, a la nueva generación. (...)

Hace unos treinta años que vivo en este planeta y todavía estoy por oír la primera sílaba de los serios o valiosos consejos de mis mayores, pues no me han dicho nada, o quizá no puedan decirme nada, de utilidad. Aquí está la vida, un experimento, la mayor parte del cual no ha sido realizado todavía por mí; pero no me beneficia en absoluto que otros lo hayan realizado. Si poseo alguna experiencia que considero de valor, puedo asegurar que mis mentores no me dijeron una palabra acerca de ella. (...)

Sin duda alguna, el tedio y el fastidio que presumiblemente han agotado la variedad y las alegrías de la vida son tan viejos como Adán. Pero las capacidades del hombre no han sido medidas todavía, y se ha ensayado tan poco, que no podemos juzgarlas por algunos precedentes. (...)

¡Las estrellas son los vértices de maravillosos triángulos! ¡Qué seres tan diferentes y distantes contemplan simultáneamente desde las numerosas mansiones del universo la misma estrella! La naturaleza y la vida humana son tan distintas como nuestras variadas constituciones. ¿Quién dirá cuál es la perspectiva que la vida ofrece a otros? ¿Podría

ocurrirnos un milagro mayor que el de que podamos mirar a través de ¡os ojos de otros? Deberíamos vivir por una hora en todas las edades del mundo; no: en todos los mundos de las edades. ¡Historia, Poesía, Mitología! La lectura de las experiencias de otra persona no sería jamás tan asombrosa ni didáctica como esta. (...)

Estamos obligados a vivir concienzuda y sinceramente, reverenciando nuestra vida y negando la posibilidad de un cambio. Decimos que este es el único camino; pero hay tantos caminos como radios pueden trazarse desde un centro. Cualquier cambio es un milagro digno de ser contemplado; pero es también un milagro que ocurre a cada instante. Confucio dijo: Saber que sabemos lo que sabemos y que ignoramos lo que no sabemos es el mejor conocimiento. Preveo que cuando un hombre haya convertido un hecho de la imaginación en un hecho de su entendimiento, todos los hombres a la larga establecerán sus vidas sobre esa base. Por lo necesario para la vida, me refiero a todo aquello que obtiene el hombre por su propio esfuerzo y que desde el principio o después de largo uso se ha convertido en algo tan importante para la vida humana, que muy pocos, si algunos, por salvajismo, pobreza o filosofía, se atreven a vivir sin ello.

Para muchas personas lo necesario para la vida se reduce al alimento. Para el bisonte en la llanura consiste en unas pocas pulgadas de apetitoso pasto con agua para beber, siempre que no busque el refugio de la selva o la sombra de la montaña. Ningún animal de la creación necesita más que alimento y refugio. Lo necesario para la vida del hombre que vive en este clima puede ser clasificado con exactitud bajo estos títulos: alimento, refugio, ropa y combustible. Porque hasta que no nos hayamos provisto de estos, no podremos considerar con libertad y posibilidad de éxito los problemas de la vida. El hombre no sólo ha inventado casas, sino también ropa y ha cocinado el alimento; y desde el descubrimiento casual del fuego, y su uso consecuente, un lujo al principio, surgió la necesidad actual de sentarse cerca de él.

Nos es dado observar a perros y gatos que adquieren esa misma segunda naturaleza. Con casa y alimento apropiados, conservamos legítimamente nuestro calor interno, pero cuando estos o el combustible están en exceso, es decir, cuando el calor externo es mayor que el interno, ¿acaso no se puede afirmar que ha empezado la cocción? El naturalista Darwin dice, refiriéndose a los habitantes de la Tierra del Fuego, que mientras su cuadrilla de hombres bien vestidos estaba sentada cerca del fuego, sin sentir ningún calor, estos salvajes desnudos, situados algo más lejos, le causaron sorpresa, pues goteaban de sudor mientras soportaban semejante calcinación. También nos han dicho que mientras que el aborigen de Australia anda desnudo sin consecuencia alguna, el europeo tiembla de frío entre sus ropas. ¿No sería posible combinar la robustez de estos salvajes con la intelectualidad del hombre civilizado? (...)

La mayor parte de los lujos, o las llamadas comodidades de la vida, no son solamente innecesarios, sino también impedimentos para la elevación de la humanidad. En lo que se refiere a los lujos y comodidades de la vida, diré que los más sabios siempre han vivido vidas más simples y pobres que las vidas de los mismos pobres.

Nadie puede ser un observador sabio e imparcial de la raza humana si no se encuentra en la ventajosa posición de lo que deberíamos llamar pobreza voluntaria. El fruto de una vida

lujosa es el lujo, ya sea en agricultura, comercio, literatura o arte. Hoy en día tenemos profesores de filosofía, pero no filósofos. Sin embargo, enseñarla es admirable porque en un tiempo también lo fue vivirla. Ser un filósofo no consiste en tener pensamientos sutiles meramente, ni en fundar una escuela, sino en amar la sabiduría tanto como para vivirla de acuerdo con sus dictados, para llevar una vida de simplicidad, independencia, magnanimidad y confianza. Consiste en resolver no sólo teóricamente algunos problemas de la vida, sino también prácticamente. (...)

¿Cuál es la naturaleza del lujo que anula y destruye a las naciones? ¿Acaso tenemos la seguridad de que no exista en nuestra propia vida? El filósofo está por delante de su época aun en la forma externa de su vida. No es alimentado, albergado, vestido o calentado como sus contemporáneos. ¿Cómo puede un hombre ser un filósofo sin mantener su calor vital por métodos mejores que los del resto de los hombres?

Una vez que el hombre es calentado ¿qué más desea? Seguramente no quiere más de ese entibiamiento, sino alimento mejor y más rico, mayores y más espléndidas casas, ropas abundantes y de mejor calidad, fuegos más continuos y de más rendimiento en calor; y otras cosas parecidas. Cuando un hombre ha obtenido todo lo nombrado anteriormente, existe otra alternativa aparte de la de adquirir cosas superfluas, la de arriesgarse en la vida, ahora que han comenzado sus vacaciones del trabajo humilde. Pareciera que la tierra es apropiada para la semilla, porque esta ha mandado su radícula hacia abajo y ahora puede mandar el tallo hacia arriba con entera confianza.

¿Cuál es la razón por la cual el hombre se ha arraigado a la tierra, sino para poder elevarse hacia los cielos en la misma proporción? Porque las plantas más nobles son valoradas por el fruto que llevan al fin al aire y a la luz lejos del suelo, y estas no son tratadas como las plantas comestibles más humildes, que a pesar de ser bienales, son cultivadas solamente hasta que han perfeccionado su raíz, y a menudo son cortadas en la punta con esta intención, en forma tal que la mayoría de la gente no las reconocería en su época floreciente.

Mi intención no es prescribir reglas a los hombres de naturaleza fuerte y valiente, que cuidarán de sus propios asuntos tanto en el cielo como en el infierno, y quizá edificarán con más magnificencia y gastarán el dinero más profusamente que los más ricos, sin llegar jamás a empobrecerse, ignorando cómo viven (si en realidad hay personas así, como se las ha soñado); ni a aquellos que encuentran coraje e inspiración precisamente en el estado presente de las cosas y lo acarician con la afición y el entusiasmo de los enamorados (y en cierto modo me incluyo entre estos), tampoco les hablo a aquellos que tienen un buen empleo en cualquier circunstancia y que saben si este empleo es bueno o no. Les hablo principalmente a la gran cantidad de hombres que están disconformes, y que se quejan ociosamente de la dureza de sus destinos, o de los tiempos en que viven, siendo que tienen la posibilidad de mejorarlos. Algunas personas se quejan de otras, porque (según dicen enérgica e inconsolablemente) estas cumplen con su deber. También tengo presentes a los ricos en apariencia, pero que en realidad pertenecen a una clase terriblemente empobrecida, que han acumulado basura y no saben cómo usarla o deshacerse de ella; en esta forma han fraguado sus propias prisiones de plata u oro.

Si me atreviera a contar de qué manera deseaba pasar mi vida años atrás, sorprendería mucho a los lectores que la ignoran. Sólo voy a indicar algunas de las empresas que he acariciado. En cualquier época y en cualquier hora del día o de la noche, siempre he estado ansioso por mejorar la oportunidad que se me presentara y también por documentarla; por pararme sobre el encuentro de dos eternidades, el pasado y el futuro, que es precisamente el momento presente: por acatar esa regla. Me perdonarán sin duda algunos pasajes no muy claros, porque en mi oficio hay más secretos que en los de la mayoría de los hombres; pero estos secretos no son guardados intencionalmente por mí, sino que son inseparables de su naturaleza. Sería un placer para mí contar todo lo que sé acerca de ellos y no yerme obligado a escribir en mi puerta PROHIBIDA LA ENTRADA.

Poder anticiparse no sólo a la salida del sol y la aurora, sino también, si fuera posible, ¡a la misma naturaleza! ¡Cuántas mañanas, en verano y en invierno, antes de que ningún vecino hubiera comenzado a preocuparse por sus tareas, yo ya estaba trabajando! Sin duda, muchos de mis conciudadanos me han encontrado a la vuelta de esta actividad: los chacareros que se encaminaban hacia Boston, en el alba, o los leñadores que se dirigían al trabajo. Es verdad que nunca ayudé materialmente a la salida del sol, pero el solo hecho de estar presente era de suma importancia para mí.

¡Ah! ¡Cuántos días de otoño y de invierno pasé en las afueras de la villa, tratando de oír lo que había en el viento, de escucharlo y manifestarlo prontamente! Casi naufragó en ello todo mi capital y perdí mi propia respiración en la empresa. Si hubiera ello concernido a alguno de los partidos políticos, pueden estar seguros de que habría aparecido en el periódico entre las noticias más importantes. Otras veces miraba desde el observatorio de algún árbol o roca, para poder telegrafiar la noticia de la llegada de alguien, o esperaba al atardecer sobre la cima de una colina que el cielo se cayera y yo pudiera apoderarme de algo, aunque nunca me apoderé de mucho, y eso, al igual que el maná, se disolvía en el sol.

Durante un largo tiempo fui cronista de un diario cuya circulación no era muy grande, y el editor hasta ahora no ha encontrado propicias para ser publicadas la mayoría de mis colaboraciones, y como ocurre generalmente a los escritores, sólo obtuve dolores a cambio de mis esfuerzos. De todas formas, en este caso mis esfuerzos fueron su propia recompensa.

Durante muchos años fui inspector (nombrado por mí mismo) de tormentas de lluvia y nieve, y cumplí fielmente con mi deber; inspector, no de los caminos reales, sino de los senderos del bosque y de los que cruzaban los terrenos, a los que mantenía abiertos y viables en todas las épocas del año; las pisadas del público han dejado en ellos un testimonio de su utilidad.

He cuidado el ganado salvaje de la villa que, saltando los cercos, da mucho trabajo al pastor fiel; y he vigilado los pocos frecuentados escondrijos y rincones de las granjas, a pesar de no saber siempre si Jonás o Salomón trabajaban ese día en un campo determinado; esa no era mi tarea. He regado la roja gayuba, la cereza de los arenales y el almez, el pino colorado y el fresno negro, la vid blanca y la violeta amarilla, que en caso contrario podrían haberse marchitado en épocas de sequía.

Para abreviar, diré que así seguí durante un largo tiempo ocupándome de mi trabajo

escrupulosamente, y no lo digo con jactancia, hasta que fue evidente que mis conciudadanos no me admitirían en la lista de los funcionarios del pueblo, ni me ofrecerían un puesto con un sueldo moderado. La vida que los hombres elogian y consideran venturosa no es más que de una clase. ¿Por qué debemos exagerar el valor de una clase en perjuicio de otras?

Viendo que mis conciudadanos no iban a ofrecerme ninguna sala en el juzgado, ni ningún curato o modo de ganarme la vida, sino que tendría que valerme por mí mismo, me volví más exclusivamente que nunca hacia los bosques, donde era mejor conocido. Decidí entrar en actividad enseguida, sin esperar a adquirir el capital que debe reunirse, sino haciendo uso de los reducidos medios de que yo disponía. Al dirigirme a la laguna Walden, no era mi intención vivir allí baratamente ni con lujos, sino despachar algunos negocios privados, con el menor número de obstáculos; el yerme impedido de llevarlos cabo, por falta de un poco de sentido común, de espíritu emprendedor y de talento comercial, me parecía no sólo triste sino tonto. (...)

Todas las mañanas eran una cariñosa invitación para hacer mi vida con igual sencillez, y puedo decir con igual inocencia, que la misma Naturaleza. He sido un adorador de la aurora, tan sincero como los griegos. Me levantaba temprano y me bañaba en la laguna: era un ejercicio religioso y una de las mejores cosas que hacía. Dicen que en la bañera del rey Tching-Thang estaban esculpidos caracteres que decían: "Renuévate completamente todos los días; hazlo de nuevo y de nuevo y siempre de nuevo." Puedo comprenderlo. La mañana nos trae otra vez las épocas heroicas. Me afectaba tanto el desmayado zumbido de un mosquito dando su vuelta invisible e inimaginable por mi habitación en la temprana aurora, cuando yo estaba sentado con la puerta y ventanas abiertas, como pudiera hacerlo por cualquier trompeta que alguna vez cantó la fama. Era el réquiem de Homero; eran la Ilíada y la Odisea en el aire, cantando sus propias iras y deambulaciones. Había algo de cósmico en ello; un anuncio permanente del eterno vigor y fertilidad del mundo.

El hombre que no cree que cada día contiene una hora más temprana, más sagrada y rosada que la que él ya ha profanado, ha desesperado de la vida, y está avanzando por un camino descendente y oscuro. Luego de un paro parcial de su vida sensitiva, el alma de un hombre, o más bien sus órganos, se refortalecen cada día, y su Genio de nuevo ensaya si puede hacer otra vida noble. Debiera decir que todos los sucesos memorables ocurren durante la mañana y en una atmósfera matutina.

Debemos aprender a volvernos a despertar, y a mantenernos despiertos, no con ayuda mecánica, sino por medio de una infinita espera de la aurora, que no nos abandone en nuestro sueño más profundo. No sé de un hecho que anime más que la incuestionable capacidad del hombre para elevar su vida gracias a un esfuerzo consciente. Es algo poder pintar un cuadro, o esculpir una estatua, y de esa forma hacer bellos unos pocos objetos, pero mucho más glorioso es esculpir y pintar la atmósfera a través de la cual miramos, cosa que podemos realizar moralmente. La más elevada de las artes consiste en alterar la calidad del día. Todo hombre tiene como tarea hacer su vida digna, hasta en sus menores detalles, de la contemplación de su hora más elevada y crítica. Si rechazáramos o agotáramos una información tan mezquina como la que recibimos, los oráculos nos informarían claramente

acerca de cómo podría hacerse esto. (...)

Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente, enfrentar sólo los hechos esenciales de la vida, y ver si podía aprender lo que ella tenía que enseñar, no sea que cuando estuviera por morir descubriera que no había vivido. No quería vivir lo que no fuera la vida; ¡es tan hermoso el vivir!; tampoco quise practicar la resignación, a no ser que fuera absolutamente necesaria. Quise vivir profundamente y extraer toda la médula de la vida, vivir en forma tan dura y espartana como para derrotar todo lo que no fuera vida, cortar una amplia ringlera al ras del suelo, llevar la vida a un rincón y reducirla a sus menores elementos, y si fuera mezquina, obtener toda su genuina mezquindad y dar a conocer su mezquindad al mundo, o si fuera sublime, saberlo por propia experiencia y poder dar un verdadero resumen de ello en mi próxima salida. Porque me parece que la mayoría de los hombres se hallan en una extraña incertidumbre acerca de si la vida es del diablo o de Dios, y han deducido apresuradamente que la principal finalidad del hombre aquí es "glorificar a Dios" y gozar de él en la eternidad.

Sin embargo, vivimos mezquinamente, como las hormigas, aunque la fábula nos cuenta que hace mucho fuimos transformados en hombres; luchamos con grullas como los pigmeos; es un error sobre otro error, remiendo sobre remiendo, y nuestra mejor virtud tiene, para esta ocasión, una miseria superflua y evitable. Nuestra vida está desmenuzada por los detalles. Un hombre honrado pocas veces necesita contar más que sus diez dedos, o, en casos extremos, puede añadir los otros diez de los pies y comprar a bulto el resto. ¡Sencillez, sencillez, sencillez! Que tus asuntos sean dos o tres y no cien o mil; en lugar de un millón, cuenta media docena y lleva sus cuentas sobre la uña de tu pulgar. En medio de este mar picado de la vida civilizada, son tales las nubes y tormentas y arenas movedizas y mil otras cosas a las que hay que atender, que un hombre tiene que vivir haciendo cálculos si no quiere naufragar e ir al fondo y no llegar a puerto alguno, y sin duda ha de ser un gran calculador el que triunfe. ¡Simplificar, simplificar! En lugar de tres comidas por día, no comas más que una si es preciso; cinco platos en lugar de cien; y reduce todas las demás cosas en esa proporción. Nuestra vida es como una Confederación Germánica, compuesta de pequeños estados, con sus límites siempre fluctuantes, en forma tal que ni un alemán puede decirnos cuáles son sus propios límites en un momento dado. La misma nación, con todas sus llamadas mejoras internas —que, por otro lado, son todas externas y superficiales— es como un establecimiento pesado e hipertrofiado, colmado de muebles y atrapado por sus propias trampas, arruinado por el lujo y los gastos sin cuidado, por falta de cálculo y de un objetivo digno como el millón de hogares que hay en el país; la única cura para ello es una economía estricta, una vida sencilla, más que espartana, y la elevación de los designios. La nación vive demasiado rápidamente. Los hombres piensan que es esencial que su nación tenga comercio y exporte hielo y hable por telégrafo y viaje a treinta millas por hora, aunque ellos mismos no lo hagan; pero nadie sabe si debemos vivir como babuinos o como hombres. Si no obtenemos los durmientes, ni forjamos los carriles, ni dedicamos a la obra días y noches, sino que vamos chafallando nuestras vidas para mejorarlos, ¿quién construirá los ferrocarriles? Y si no se construyen los ferrocarriles, ¿cómo llegaremos a tiempo al cielo? Pero si nos quedamos en casa y atendemos nuestros negocios, ¿quién querrá ferrocarriles? No montamos en el ferrocarril; él se monta sobre

nosotros. ¿Has pensado alguna vez qué son esos durmientes sobre los que descansa el ferrocarril? Cada uno de ellos es un hombre, un irlandés o un yanqui. Los rieles se asientan sobre ellos y están cubiertos de arena y los vagones se les deslizan encima. Te aseguro: son sólidos durmientes. Y cada tantos años un nuevo lote de durmientes es colocado y se pasa por encima de ellos; de tal forma que si algunos tienen el placer de montar sobre rieles, otros tienen la desgracia de ser montados. Y cuando los trenes corren sobre un hombre que está paseando en su sueño, un durmiente supernumerario en posición errónea, y lo despiertan, de repente detienen los vagones y gritan como si se tratara de algo excepcional. Estoy contento de saber que cada cinco millas se emplea una cuadrilla de hombres para mantener a la misma altura los durmientes en sus lechos, porque es un signo de que pueden levantarse de nuevo alguna vez.

¿Por qué debemos vivir con semejante apresuramiento y desperdicio de la vida? Estamos decididos a morir de hambre antes de tener hambre. Los hombres dicen que una puntada a tiempo evita nueve, y así dan hoy mil puntadas para evitar nueve en el futuro. En cuanto al trabajo, no tenemos ninguno de importancia. Padecemos el baile de San Vito, y nos es imposible tener quietas nuestras cabezas. Llegaría yo a decir que si diera unos tirones a la cuerda de la campana de la parroquia, como si se tratara de un incendio, dudo que hubiera un hombre en su chacra de Concord, que a pesar del peso de sus asuntos, que le sirvió de excusa tantas veces esta mañana, ni un chico, ni una mujer, me atrevo a decir, que no abandonara todo y siguiera ese tañido, no solamente por salvar la propiedad de las llamas, sino, confesemos la verdad, mucho más por verla arder (ya que tenía que quemarse, y ya que nosotros, sabedlo bien, no la incendiamos), o para ver cómo se apaga el incendio y dar una mano, y si ello se puede hacer con facilidad, aunque se tratara de la misma parroquia. Es raro el hombre que habiendo dormido una siesta de media hora luego de la comida, no pregunte al levantarse: " ¿Qué hay de nuevo?", como si el resto de la humanidad se hubiera convertido en su guardián. Algunos indican que se les despierte cada media hora, sin otro fin, a no dudar; y luego, como recompensa, cuentan lo que han soñado. Después del sueño de una noche, las noticias son tan indispensables como el desayuno. "Por favor, decidme de algo nuevo que le haya ocurrido a algún hombre, en cualquier parte del globo", y lee y se agita mientras toma el café, pues en el río Wachito le sacaron los ojos a un hombre; sin soñar que él mismo vive en la impenetrable oscuridad de la cueva de este mundo, y no tiene más que el rudimento de un solo ojo. (...)

Vergüenzas y desilusiones son tomadas como las verdades más sólidas, siendo que lo fabuloso es la realidad. Si los hombres observaran sola y firmemente las realidades, y no permitieran que se los engañen, la vida, comparándola con las cosas que conocemos, sería semejante a un cuento de hadas y a *Las mil y una noches.* Si respetáramos sólo lo que es inevitable y tiene derecho a existir, la música y la poesía resonarían por las calles. Cuando estamos sin prisa y somos prudentes, percibimos que sólo las cosas grandes y dignas tienen una existencia permanente y absoluta; que los temorcillos y los placeres despreciables no son sino la sombra de la realidad. Esto es siempre regocijante y sublime. Los hombres cierran los ojos, dormitan y consienten en ser engañados por las apariencias; así establecen y confirman

su vida diaria de rutina y costumbre en cualquier parte, la que, además, está edificada sobre bases puramente ilusorias. Los niños, que juegan a la vida, discriminan mejor su verdadera ley y sus relaciones, con más claridad que los hombres que no logran vivirla dignamente pero que se creen más sabios por su experiencia, es decir, por sus fracasos. (...)

En la eternidad hay realmente algo verdadero y sublime, pero todos esos tiempos y lugares y ocasiones existen ahora y aquí. El mismo Dios culmina en el momento presente, y nunca, en el lapso de todas las edades, será más divino. Y podemos percibir todo lo que es sublime y noble tan sólo por la perpetua inspiración e instilación de la realidad que nos rodea. El universo responde a nuestras concepciones, constante y obedientemente; ya sea que viajemos con rapidez o lentitud, el camino está abierto para nosotros. Por lo tanto, dediquemos nuestra vida a concebirlo. El poeta o el artista no han tenido nunca un designio tan bello y noble que al menos alguien de su posteridad no pudiera cumplirlo.

Empleemos un día tan premeditadamente como lo hace la naturaleza, y no seamos arrojados del camino por todas las cáscaras de nuez y alas de mosquito que caigan en los carriles. Levantémonos temprano, desayunemos gentilmente y sin perturbaciones; que la compañía venga y vaya, que las campanas tañan, que los niños alboroten, sigamos determinados a hacer de ello un día. ¿Por qué habríamos de someternos y seguir con la corriente? (...)

Si uno se enfrenta cara a cara con un hecho verá brillar el sol en sus dos superficies, como si fuera un alfanje, y sentirá su suave filo dividiéndole por el corazón y la médula, y así usted concluirá felizmente su mortal carrera. Sea ella vida o muerte, sólo anhelamos la realidad. Si estamos muriéndonos realmente, que oigamos el estertor en nuestra garganta y sintamos frío en las extremidades. Si estamos vivos, ocupémonos de nuestros asuntos.

El tiempo sólo es el río en el que voy a pescar. Bebo en él; pero mientras bebo, veo el lecho arenoso y descubro cuán superficial es. Su fina corriente se desliza a lo lejos, pero la eternidad permanece. Yo bebería más profundamente; pescaría en el cielo, cuyo suelo está tachonado de estrellas. No puedo contar una sola. No sé siquiera la primera letra del alfabeto. Siempre he deplorado no ser tan sabio como lo era el día en que nací. La inteligencia es un hendedor; discierne y se abre su camino, en el secreto de las cosas. No deseo estar con mis manos más ocupadas de ¡o necesario. Mi cabeza es manos y pies. Siento concentradas en ella mis mejores facultades. Mi instinto me dice que mi cabeza es un órgano cavador, como los hocicos y garras anteriores de algunos animales, y con ella yo minaría y horadaría mi camino a través de estas colinas. Creo que la vena más rica se halla por algún sitio en estos alrededores; así lo juzgo por mi varita de zahorí y los finos vapores que se elevan, y aquí comenzaré a cavar.

Con un poco más de meditación en la elección de sus fines, todos los hombres serían quizá esencialmente observadores y estudiosos, porque, sin lugar a dudas, su naturaleza y destino son igualmente interesantes para todos ellos. Acumulando propiedad para nosotros o nuestra posteridad, fundando una familia o una hacienda, o hasta adquiriendo fama, somos mortales; pero cuando tratamos con la verdad, somos inmortales y no debemos temer ningún cambio o accidente.

Mi residencia era más adecuada que una universidad, no sólo para la reflexión, sino para la lectura seria, y aunque me hallaba más allá del alcance de la biblioteca ambulante, estaba más que nunca dentro de la influencia de esos libros que circulan por el mundo, cuyas frases fueron primeramente escritas en cortezas de árboles, y que ahora no son sino copiadas, de tiempo en tiempo, en papel de hilo.

Los libros son la riqueza atesorada del mundo y la adecuada herencia de generaciones y naciones. Los libros más viejos y mejores están natural y debidamente en los estantes de cada casa de campo. Ellos no tienen una causa propia por la cual abogar, pero mientras iluminen y sustenten al lector, el sentido común de este no los rechazará. Sus autores son la aristocracia natural e irresistible de cualquier sociedad y ejercen en la humanidad una influencia mayor que las de los reyes o emperadores. Cuando un ignorante y quizás despreciativo comerciante ha obtenido con riesgo y trabajo su anhelada independencia y tiempo libre, y es admitido en los círculos de la riqueza y la moda, al final se vuelve invariablemente hacia aquellos aun más elevados pero inaccesibles círculos de la inteligencia y el genio, y se torna sensible a las imperfecciones de su cultura y a la vanidad e insuficiencia de sus riquezas; pero más adelante prueba su sensatez por los esfuerzos que realiza asegurando para sus hijos esa cultura intelectual cuya falta siente él tan agudamente; y de esa forma se convierte en el fundador de una familia.

Las obras de los grandes poetas nunca han sido leídas por el género humano, porque sólo los grandes poetas pueden leerlas. Han sido leídas únicamente como la multitud lee las estrellas, no en forma astronómica, sino a lo sumo astrológica. La mayoría de los hombres han aprendido a leer para su mezquina conveniencia, como han aprendido a escribir números para llevar cuentas y no ser engañados en el comercio; pero de la lectura, como un ejercicio noble e intelectual, poco o nada conocen. Sin embargo, solamente eso es leer en un alto sentido, no aquel canturrear lujoso que adormece las más nobles facultades. Para leer, tenemos que estar en plena agudeza mental y debemos dedicarle nuestras horas más alertas y despiertas.

Pero mientras estemos confinados a los libros, aun los más selectos y clásicos, y leamos solamente las lenguas escritas locales (que no son por su parte sino dialectos provinciales), correremos peligro de olvidar el lenguaje que hablan sin metáfora todas las cosas y sucesos y que es el único abundante y el echado.

Se publica mucho, pero se graba poco en la memoria. Los rayos que se difunden a través de la persiana no se recordarán largo tiempo cuando la persiana desaparezca. Ningún método ni disciplina puede reemplazar la necesidad de estar siempre alerta. ¿Qué son un curso de historia o filosofía o poesía, por muy selecto que fueren, o la mejor sociedad o el hábito más admirable, comparados con la disciplina de mirar siempre lo que ha de ser visto? ¿Serás tú un lector, un estudioso meramente, o un profeta? Lee tu destino, mira lo que ante ti se halla y camina hacia el futuro.

El primer verano no leí libros; escardé las alubias. No, a menudo hice algo mejor que eso. Hubo épocas en las que no pude permitirme sacrificar la flor del momento presente por ningún trabajo, sea mental o manual. Me gusta contar con un amplio margen para mi vida. A veces, en una mañana de verano, habiendo tomado mi acostumbrado baño, me sentaba en mi

soleado umbral, desde que salía el sol hasta el mediodía, transportado a un sueño en medio de los pinos y nogales americanos y zumaques, en soledad y tranquilidad no alteradas, mientras las aves cantaban alrededor o revoloteaban sin ruido a través de la casa, hasta que recordaba la marcha del tiempo por el sol que daba sobre mi ventana occidental, o el ruido del carro de algún viajero en la distante carretera. En esos lapsos, yo crecía como el maíz en la noche y eran mucho mejores que cualquier obra manual. No eran tiempos sustraídos de mi vida, sino ratos muy superiores a los que me permitía corrientemente. Comprendí lo que los orientales entienden por contemplación y abandono del trabajo. En su mayor parte no me daba cuenta de que pasaban las horas. El día avanzaba como para alumbrar alguna tarea mía; era la mañana, y he aquí que ahora es el atardecer y nada memorable he hecho. En lugar de cantar como las aves, sonreía silenciosamente a mi incesante buena fortuna. Como el gorrión tiene su gorjeo, asentado en el nogal sobre mi puerta, así tenía yo mi risa o trino sofocado que podía aquel oír y que procedía de mi nido. Mis días no eran días de la semana, que llevaran la estampa de paganas deidades, ni estaban divididos en horas, o agitados por el tictac de un reloj; yo vivía como los indios Puri, de quienes se dice que tenían solamente una palabra para ayer, hoy y mañana, y expresaban el particular significado de ayer señalando hacia atrás, de mañana apuntando hacia adelante y de hoy indicando lo que tenían sobre la cabeza. Esto sería para mis conciudadanos una pereza extraña, no hay duda; pero si las aves y flores me han refinado con su ejemplo, no seré hallado en falta. Un hombre debe encontrar sus ocasiones en sí mismo, es verdad. El día natural es muy tranquilo y difícilmente le reprochará su indolencia.

Tuve al menos esta ventaja en mi modo de vivir sobre aquellos que para divertirse están obligados a mirar afuera, hacia la sociedad y el teatro, pues mi vida misma llegó a ser mi diversión y nunca cesó de ser novedosa. Era un drama de muchas escenas y sin ninguna conclusión. Si estuviéramos siempre ganándonos la vida y regulando nuestra vida de acuerdo con la última y mejor forma de vivir que hemos aprendido, nunca nos acosaría el tedio. Sigue a tu genio bien de cerca y no dejará este de mostrarte un panorama nuevo cada hora. La tarea doméstica era un agradable pasatiempo. (...)

Mi casa se halla en la falda de una colina, contigua al borde del gran bosque, en medio de un soto de pinoteas y nogales americanos, y a media docena de varas de la laguna, a la que conduce, colina abajo, un estrecho sendero.

Mientras me siento en la ventana esta tarde estival, los gavilanes giran alrededor de mi descampado; la velocidad de las palomas salvajes volando de a dos o de a tres frente a mí, o paseándose inquietas sobre las ramas del pino blanco que está detrás de mi casa, confiere su voz al aire; un halcón marino se sumerge en la brillante superficie del lago y saca un pez; un visón se desliza ante mi puerta y se apodera de una nana junto a la costa; el junco está inclinándose bajo el peso de los pajaritos que revolotean de aquí para allá; y durante la última media hora, he oído el traqueteo del tren, muriendo por momentos para dejarse oír de nuevo, al igual que el redoble de la perdiz, llevando viajeros de Boston hacia el campo.

El ferrocarril de Fitchburg toca la laguna en un punto situado a unas cien varas al sur de donde vivo. Suelo ir al pueblo a lo largo de su terraplén, y estoy como unido a la sociedad por este eslabón. El silbido de la locomotora penetra en mi bosque en invierno y verano, sonando

como el grito de un halcón que se dirigiera hacia el patio de algún chacarero, informándome de que muchos inquietos comerciantes de la ciudad han entrado en el perímetro del pueblo, o emprendedores hacendados lo han hecho por la parte opuesta. Al llegar bajo un mismo horizonte, gritan sus avisos al otro para que le deje libre el camino, que algunas veces se escuchan a través de los círculos de dos villas. ¡Campo, aquí vienen tus comestibles! ¡He aquí vuestras raciones, campesinos! No existe un hombre con la suficiente independencia en su chacra como para poder decir que no.

¡Si todo fuera como parece y los hombres hicieran a los elementos servidores suyos, pero con nobles fines! ¡Si la nube de vapor que cuelga sobre la locomotora fuer a la respiración de hechos heroicos, o tan benéfica como la que flota sobre ¡os campos del labrador, entonces los elementos y la naturaleza entera acompañarían alegremente a los hombres en sus andanzas y serían su escolta!

Observo el paso de los vagones a la mañana con el mismo sentimiento con que observo levantarse al sol, que es apenas más regular. Su huella de nubes extendiéndose mucho hacia atrás y elevándose más y más hacia el cielo, mientras los vagones van a Boston, oculta al sol durante un minuto y deja en sombras mi campo distante; este es un tren celestial junto al cual el pequeño tren de vagones que abraza la tierra no es más que la púa de una lanza. (...)

Este es un atardecer delicioso, cuando todo el cuerpo es un solo sentido y absorbe deleite por todos los poros. Voy y vengo con una extraña libertad por la Naturaleza, siendo parte de ella misma. Mientras camino a lo largo de la costa pedregosa de la laguna, en mangas de camisa (a pesar de que el día es frío, nublado y ventoso), no veo nada especial que me atraiga: todos los elementos me son extraordinariamente afines. Las ranas simulan anunciar la noche y las notas de los chotacabras son transportadas sobre la superficie del agua con el viento ondulante. Mi empatía con las agitadas hojas de los alisos y de los álamos casi me corta la respiración, pero al igual que la laguna, mi serenidad se riza pero no se perturba. Estas pequeñas olas, levantadas por el viento crepuscular, están tan lejos de la tormenta como la tersa superficie reflectora. Aunque ahora está oscuro, el viento sopla y ruge aún en el bosque, las olas siguen chocando y algunos animales arrullan al resto con sus cantos.

Generalmente existe espacio suficiente a nuestro derredor.

Nuestro horizonte no se halla nunca junto a la mano. El espeso bosque no está frente a nuestra puerta, tampoco la laguna, sino que siempre hay un espacio libre, familiar y gastado por nosotros, apropiado y cercado en alguna forma y reclamado a la Naturaleza. ¿Cuál es la razón por la que tengo este vasto espacio habilitado para mi albedrío, este circuito de algunas millas cuadradas de bosque no transitadas, que ha sido dejado para mi privacidad por el resto de los hombres? Mi vecino más cerca no se halla a una milla de aquí y ninguna casa es visible desde lugar alguno, como no fuera desde la cima de la colina a media milla de distancia de mi hogar. Mi horizonte está limitado por bosques que son sólo para mí: de un lado, veo a lo lejos el ferrocarril en el sitio que toca la laguna, y del otro lado el cerco que bordea el camino del bosque. Pero en su mayor parte, el lugar donde vivo es tan solitario como las praderas. Es tan Asia o Africa como Nueva Inglaterra. Es como si tuviera mi propio sol, mis propias luna y estrellas, y un pequeño mundo entero para mí. De noche, nunca un viajero pasó por mi casa o

golpeó mi puerta, como si yo fuera el primero o el último de los hombres, excepto en la primavera, cuando con largos intervalos solían venir algunos pobladores de la aldea a pescar fanecas. Creo que los hombres están aún un poco temerosos de la oscuridad, aunque todas las brujas fueron colgadas y se las sustituyó por la cristiandad y las velas. Sin embargo, experimenté algunas veces que la sociedad más dulce y tierna, la más inocente y alentadora, puede hallarse en cualquier objeto natural, y esto es válido hasta para el pobre misántropo y para el hombre más melancólico. (...)

Nunca me he sentido solo, ni tampoco deprimido por forma alguna de soledad, salvo una vez, y esto fue unas pocas semanas después de haber venido a los bosques, cuando por una hora dudé de si la próxima vecindad del hombre no sería esencial para una vida serena y saludable. El estar solo era entonces poco placentero para mí, pero al mismo tiempo me daba cuenta de que estaba pasando por una ligera dolencia en mi modo de pensar y parecía prever que había de mejorarme. En medio de una lluvia suave, mientras prevalecían estos pensamientos, noté de pronto la existencia de una sociedad dulce y benéfica en la Naturaleza, en el golpear acompasado de las gotas y en cada sonido y vista alrededor de mi casa; una amistad infinita e indescriptible, como si se tratara de toda una atmósfera que me mantenía, una amistad que convirtió en insignificantes todas las ventajas imaginarias de la vecindad humana; y no he pensado en ella desde entonces. Cada pequeña aguja de los pinos se dilataba, henchida de simpatía, y me ofrecía su amistad. Me di cuenta muy claramente de la presencia de algo relacionado conmigo hasta en los parajes y escenas que solemos llamar salvajes y tristes, y también de que mi pariente más próximo y el más humano no era una persona, ni un habitante de la villa; y pensé que a partir de entonces ningún lugar me sería extraño. (...)

Con frecuencia solían decirme: "Me atrevo a pensar que usted se siente solo por allí y que desea estar más cerca de la gente, especialmente en los días y noches de lluvia y nieve." Suelo tener deseos de contestar a esas gentes: "Este planeta entero donde vivimos no es más que un punto en el espacio. ¿A qué distancia creen ustedes que viven los dos habitantes más lejanos de aquella estrella, el ancho de cuyo disco no puede ser apreciado por nuestros instrumentos? ¿Por qué habría de sentirme solo? ¿No está nuestro planeta en la Vía Láctea?". No me parece que esa pregunta que me han formulado sea la más importante. ¿Qué clase de espacio es el que separa a un hombre de sus semejantes y le hace sentirse solitario? He descubierto que ningún movimiento de las piernas puede aproximar a dos mentes. ¿Cerca de qué queremos vivir nosotros, principalmente? Seguro que no ha de ser de muchos hombres, de la estación de tren, del depósito, la oficina de correos, el bar, la capilla, el edificio de la escuela, el almacén, los barrios residenciales o los del bajo fondo, donde los hombres se congregan en su mayor parte, sino de la fuente perenne de nuestra vida, donde según nuestra experiencia hemos comprobado que emana aquella, como el sauce quiere estar cerca del agua y envía sus ramas en esa dirección. Este sitio variará de acuerdo con las distintas naturalezas, pero allí el hombre sabio cavará su sótano. (...)

Somos la materia de un experimento que no deja de tener interés para mí. ¿Acaso no nos podemos arreglar por un corto lapso sin la sociedad de nuestras chismografías, teniendo a

nuestros propios pensamientos para que nos alegren? Confucio dice en verdad: "La virtud no queda como un huérfano abandonado; debe necesariamente tener vecinos."

Con el pensamiento podemos estar junto a nosotros mismos, en un sentido sano. Por un esfuerzo consciente de la mente, podemos estar separados de las acciones y de sus consecuencias; y todas las cosas, tanto las buenas como las malas, pasan por nosotros como un torrente. No estamos completamente involucrados en la Naturaleza. Puedo ser el madero arrastrado por la corriente o Indra mirándolo desde el cielo. Puedo ser afectado por una función de teatro, o, por el contrario, puedo no ser afectado por un suceso real que parece estar mucho más relacionado conmigo. Me conozco sólo como una entidad humana; como la escena, por así decirlo, de mis pensamientos y afectos, y me hago cargo de una cierta duplicación, por la cual puedo situarme tan lejos de mí mismo como de cualquier otra persona. A pesar de mi intensa experiencia, soy consciente de la presencia y crítica de una parte mía, que es como si no fuera una parte de mí, sino un espectador que no comparte experiencia alguna, sino que toma nota de todas; y eso no es más mi persona de lo que lo eres tú. Cuando la comedia, quizá la tragedia, de la vida se ha acabado, el espectador sigue su camino. En lo que a él respecta fue una especie de ficción, tan sólo un trabajo de la imaginación. Esta duplicidad puede convertirnos fácilmente algunas veces en malos vecinos y amigos.

Encuentro saludable el hallarme solo la mayor parte del tiempo. Estar en compañía, aunque sea la mejor, se convierte pronto en fuente de cansancio y disipación. Me encanta estar solo. Nunca encontré una compañía tan compañera como la soledad. Casi siempre solemos estar más solos cuando estamos entre los hombres que cuando nos quedamos en nuestras habitaciones. Un hombre que piensa o trabaja está siempre solo, encuéntrese donde se encuentre. La soledad no se mide por las millas espaciales que separan a un hombre de sus semejantes.

Generalmente, la sociedad es demasiado barata. Nos encontramos a intervalos demasiado cortos, sin haber tenido tiempo de adquirir ningún valor nuevo el uno para el otro. Nos encontramos tres veces al día en las comidas y nos damos unos a otros un nuevo bocado de ese queso rancio que somos. Hemos tenido que ponernos de acuerdo sobre una cierta cantidad de reglas llamadas de etiqueta y cortesía para hacer tolerable esta frecuente reunión y que no necesitemos llegar a una guerra declarada. Nos reunimos en el correo o en el mercado o junto al fuego todas las noches; vivimos muy apretados y cada uno se interpone en el camino de los demás y tropezamos los unos con los otros; pienso que así perdemos algo de respeto mutuo. Ciertamente, una menor frecuencia bastaría para todas las comunicaciones importantes y cordiales. Pensemos en las muchachas que trabajan en un taller: nunca están solas, difícilmente en sus ensueños. Sería mejor si no hubiera más que un habitante por milla cuadrada, como donde yo vivo. El valor de un hombre no está en su piel, para que nosotros se la toquemos.

He oído de un hombre perdido en los bosques y muriendo de hambre y fatiga al pie de un árbol, cuya soledad se aliviaba gracias a las grotescas visiones con las que, debido a su debilidad corporal, lo rodeaba su enferma imaginación y que él creía reales. También dotados de salud y de todas nuestras fuerzas físicas y mentales podemos ser estimulados

continuamente por una sociedad semejante, pero más normal y natural, y llegar a saber que nunca estamos solos. (...)

La indescriptible inocencia y beneficencia de la naturaleza del sol, del viento y la lluvia, del verano y el invierno, ¡qué salud, qué alegría proporcionan siempre! Y tal simpatía tienen ellos siempre por nuestra raza, que toda la Naturaleza se dolería y disminuiría el brillo del sol y los vientos suspirarían humanamente y las nubes lloverían lágrimas y los bosques se despojarían de sus hojas y se pondrían de luto en medio del estío, si algún hombre se quejara alguna vez por una causa Justa. ¿No tendré inteligencia con la Tierra? ¿Acaso no soy en parte hojas y vegetal? ¿Cuál es la píldora que nos conservará serenos y contentos? No la de mi bisabuelo ni la del tuyo, sino las vegetales y botánicas medicinas universales de la Naturaleza, nuestra bisabuela, con las cuales esta se ha conservado siempre joven, ha sobrevivido en su día a tanto longevos y alimentado su salud con su marchita fertilidad. En lugar de esas redomas de curanderos, con sus mixturas extraídas del río Aqueronte y del Mar Muerto, que salen de sus largas carretas semejantes a goletas negras que a veces nos parecen fabricadas para llevar frascos, mi panacea sería recibir una corriente de puro aire matutino. ¡Aire de la mañana! Si los hombres no beben de él en el manantial del día, ¿por qué entonces debemos embotellar algo de ese aire y venderlo en los comercios en beneficio de aquellos que han perdido su billete de suscripción al tiempo matutino en este mundo? (...)

Creo que amo la sociedad tanto como la mayoría de las personas y estoy suficientemente preparado para prenderme, al igual que una sanguijuela, a cualquier hombre pletórico que halle en mi camino. Naturalmente, no soy un ermitaño, y podría aguantar sentado al más duro parroquiano de un bar, si mis asuntos me llevaran allí.

En mí casa tenía tres sillas: una para la soledad, dos para la amistad, tres para la sociedad. Cuando inesperadamente venía un gran número de visitantes, sólo estaba la tercera silla para todos ellos, pero por lo general economizaban espacio quedándose de pie.

Sorprende saber a cuántos grandes hombres y mujeres puede contener una pequeña casa. He tenido bajo mi techo, en forma simultánea, a veinticinco o treinta almas juntas con sus cuerpos y, sin embargo, a menudo nos hemos separado sin darnos cuenta de que habíamos estado cerca los unos de los otros. Muchas de nuestras casas, tanto públicas como privadas, con sus habitaciones casi innumerables, sus enormes salas y sus sótanos para el almacenamiento de vinos y otras municiones de paz, me parecen extravagantemente grandes en relación con sus habitantes. (...)

A veces un poco harto de la sociedad y la conversación humanas, y gastados ya todos mis amigos de la aldea, vagaba hacia el Oeste más allá de mi morada habitual, paseando por partes menos frecuentadas del municipio, por bosques frescos y praderas recientes, o mientras se ocultaba el sol, hacía mi cena de grosellas y frambuesas en la colina de Fair Haven y amontonaba una reserva para varios días. Los frutos no entregan su verdadera fragancia ante quien los compra ni ante quien los recoge para el mercado. Sólo hay un medio de conseguir ese aroma, pero pocos emprenden esa vía. Si se quiere conocer el sabor de las grosellas, hay que preguntárselo al resero o la perdiz. Es un vulgar error suponer que uno ha gustado unas grosellas que nunca recogió por sí mismo.

El paisaje de Walden es de escala humilde, y aunque muy hermoso, no da sensación de grandeza ni puede interesar mucho a quien no lo ha frecuentado largo tiempo o vivido en su ribera; pero esta laguna es tan notable por su profundidad y pureza que merece una descripción especial. Es un pozo verde, claro y profundo, de media milla de longitud, y de una milla y tres cuartos de circunferencia, y de alrededor de sesenta y dos acres de superficie; un manantial perpetuo entre pinares y robledales, sin ninguna entrada o salida de otros elementos, exceptuando las nubes y la evaporación. Las colinas circundantes se levantan abruptamente del agua hasta cuarenta u ochenta pies. Esos oteros están cubiertos de bosques en su totalidad. Todas nuestras aguas de Concord se reducen finalmente a dos colores: uno visto desde la distancia y el otro, más preciso, desde cerca. El primero depende más de la luz e imita al cielo. Con una atmósfera clara, durante el verano, esas aguas parecen azules a pequeña distancia, especialmente si se mueven, y a gran distancia todas parecen iguales. En tiempos tempestuosos, las aguas son a veces de color pizarra oscura.

Las lagunas White y Walden son grandes cristales en la faz de la Tierra, Lagos de Luz. Si estuvieran siempre heladas y fueran lo bastante chicas para poder ser empuñadas, serían probablemente transportadas por esclavos a fin de adornar, como piedras preciosas, las frentes de los emperadores; pero como son líquidas y extensas, y están sujetas por una eternidad a nosotros y a nuestros herederos, no las apreciamos y corremos, en cambio, tras el diamante de Koinoor. Son demasiado virginales para tener un valor en el mercado; no contienen dinero alguno. ¡Cuánto más bellas son ellas que nuestras vidas, cuánto más transparentes que nuestros caracteres! ¡Jamás hemos aprendido de ellas bajeza alguna! ¡Cuánto más bellas que el lodazal situado ante la puerta del campesino, en el que nadan sus patos! Aquí llegan los patos salvajes. La Naturaleza no tiene un habitante humano que la aprecie.

Las aves, con sus melodías y su plumaje, armonizan con las flores; ¿pero qué muchacho, qué doncella concursa con la riquísima y salvaje belleza de la Naturaleza? Las más de las veces esta florece solitaria, lejos de las ciudades en las que esos jóvenes residen. ¡Hablad del cielo, vosotros que deshonráis a la Tierra! (...)

Cuando volvía al hogar a través del bosque con mi sarta de pescado, arrastrando mi caña y siendo ya del todo oscuro, vi en una ojeada rápida a una marmota que pasó furtivamente por mi sendero y sentí una emoción extraña de salvaje delicia, y tuve la fuerte tentación de capturaría y devoraría cruda; no porque yo tuviera hambre en aquel entonces, sino por aquel salvajismo que la marmota representaba. (...) Los sucesos más feroces habían llegado a serme sumamente familiares. Encontré entonces en mí —y aun ahora lo hallo— un instinto que me llevaba hacia una vida más alta o espiritual, según suele decirse, como lo tiene la mayoría de los hombres, y otro instinto que me llevaba hacia un nivel primitivo y salvaje; y guardo respeto por ambos. Reverencio lo salvaje tanto como lo bueno. La aventura silvestre de la pesca me apetecía. A veces me place ocupar un lugar firme en la vida y emplear mi día como lo hacen los animales. Quizá mi muy estrecha relación con la Naturaleza la deba yo a esa ocupación y a la caza, que practiqué de muy joven. (...)

Toda nuestra vida es de una moral sorprendente. Entre la virtud y el vicio jamás hay un

instante de tregua. La única inversión que nunca quiebra es la bondad. Lo que nos conmueve en la música del arpa que vibra por todo el orbe es que insista en esto. El arpa es el agente viajero de la Compañía de Seguros del Universo, que recomienda sus leyes, y no tenemos que pagar otra prima que nuestra pequeña bondad. Aunque, al fin, la juventud crece indiferente, las leyes del orbe no son indiferentes, sino que se encuentran siempre del lado de lo más sensible. Escuchen para los reproches a todos los céfiros, porque seguramente contendrán alguno, y quien no lo oiga es infortunado. No podemos rasgar una cuerda o golpear una tecla sin que nos traspase la moral fascinante. Muchos ruidos cansadores, si uno se aleja de ellos un buen trecho, se oyen como música, lo que constituye una soberbia y dulce sátira de la mezquindad de nuestras vidas.

Somos conscientes de que hay un animal en nosotros cuyo despertar está en razón directa al letargo de lo superior de nuestra naturaleza. Aquel es reptil y sensual, y quizá no lo podemos expulsar completamente; es como los gusanos que están instalados en nuestro cuerpo, aunque estemos vivos y sanos. Es posible que podamos alejarnos de ese animal, pero jamás podremos cambiar su naturaleza. Temo que él mismo pueda gozar de cierta salud que le es propia; temo que nosotros podamos estar bien, pero no puros. Hace unos días levanté del suelo el maxilar inferior de un puerco, provisto de colmillos blancos y robustos, lo que sugería una salud y una fuerza animales diferentes de las iguales calidades del espíritu. Ese animal triunfaba por métodos que no eran la templanza y la pureza. Decía Mencio que los humanos diferimos de los brutos en algo poco estimado; el rebaño común lo pierde pronto; los hombres superiores lo conservan con cuidado. Si hubiéramos alcanzado la pureza, ¿quién sabe qué clase de vida habría resultado? Si yo conociera un hombre tan sabio que pudiera enseñarme la pureza, iría a buscarle inmediatamente. El Veda declara que el gobierno de nuestras pasiones y de los sentidos externos corporales, así como las buenas acciones, son indispensables para el acercamiento de la mente a Dios. Pero el espíritu puede, con el tiempo, embeber y gobernar todos los miembros y funciones del cuerpo y convertir en pureza y devoción aquello que por la forma es la sensualidad más grosera.

Todo hombre edifica, según un estilo puramente propio, un templo que se llama su cuerpo para el Dios a quien adora, y no puede escaparse de ello poniéndose a martillear el mármol. Todos somos escultores y pintores, y los materiales que empleamos son nuestra propia carne, sangre y huesos. Cualquier nobleza comienza enseguida a refinar los rasgos del hombre, cualquier bajeza o sensualidad empieza a embrutecerlos. (...)

Uno de los atractivos que me trajo a vivir en el bosque era que iba a disponer de ocios y ocasiones para ver venir la primavera. Por fin, el hielo de la laguna comienza a alveolarse y mi tacón penetra en él cuando camino. Nieblas, lluvias y soles más calientes van fundiendo poco a poco la nieve; los días se han hecho sensiblemente más largos; y veo que llegaré al fin del invierno sin añadir más a mi montón de leña, pues ya no son necesarios los fuegos abundantes. Estoy alerta para los primeros signos primaverales, para oír la nota casual de algún ave que llega o el chirrido de la ardilla estriada, pues su almacén debe de estar ya casi vacío, o para ver a la marmota que se aventura fuera de sus cuarteles invernales. (...)

Me pareció así que el declive de esta colina ilustraba el principio de todos los actos de la

Naturaleza. El Hacedor de esta tierra no patentó sino una hoja de árbol. ¿Habrá un Champollion que nos descifre este jeroglífico de manera que por fin podamos empezar a ver una hoja nueva? Para mí este fenómeno es más estimulante que la lozanía y fertilidad de las viñas. Es cierto que en su carácter hay algo de excrementicio y que no tienen fin los montones de hígados, pulmones e intestinos, como si el orbe presentara hacia fuera el lado equivocado; pero esto indica, por lo menos, que la Naturaleza tiene entrañas y así, de nuevo, que es madre de la humanidad. Esto es la escarcha que se retira del suelo; esta es la primavera. Precede a la primavera verde y floreciente, de igual manera que la mitología se anticipa a la poesía. Nada conozco que limpie mejor los flatos e indigestiones del invierno. Ello me convence de que la Tierra aún se encuentra en pañales y que extiende a todas partes sus dedos infantiles. De las sienes más valientes nacen rizos nuevos. Nada inorgánico existe. Esos montones foliáceos que se hallan a lo largo del talud, como las escorias de un horno, muestran que la Naturaleza se halla interiormente en pleno ejercicio. La Tierra no es meramente un fragmento de historia muerta, colocada estrato sobre estrato como las hojas de un libro, para que la estudien sobre todo geólogos y anticuarios, sino que es poesía viviente al igual que las hojas de un árbol, que preceden a las flores y a los frutos; no es una Tierra fósil, sino una Tierra viva; toda vida animal y vegetal, comparada con la gran vida central de la Tierra, es meramente parasitaria. Sus angustias levantarán a nuestros restos de sus tumbas. Puede alguien fundir sus metales y verterlos en los más hermosos moldes: nunca me excitarán tanto como las formas en que se vuelca esta Tierra derretida. Y no sólo la Tierra, sino también las instituciones que sobre ella asientan, son tan plásticas como el barro arcilloso en manos del ceramista.

En la proximidad de la primavera, las ardillas coloradas llegaban desde abajo de mi casa, por parejas, directamente hasta mis pies, mientras yo estaba sentado leyendo o escribiendo, y lanzaban los sonidos más extraños que jamás he oído: cloqueos y gorjeos y gorgoteos y piruetas vocales; y cuando yo pateaba, ellas trinaban aún más alto, como desafiando a la humanidad para que las detuviese, como si hubieran perdido todo temor y respeto en su loca jarana... Eran completamente sordas a mis argumentos o no lograban darse cuenta de su fuerza y caían en una irresistible melodía de invectivas.

¡El primer gorrión de la primavera! ¡El año comienza con una esperanza más joven que la que nunca hubo! Los débiles trinos plateados que se oyen en los campos húmedos y parcialmente desnudos procedentes del azulejo, del gorrión cantor y del malvís, parecían como si los últimos copos del invierno tintinearan al caer. ¿Qué son en un tiempo como este las historias y cronologías, las tradiciones y todas las revelaciones escritas? Los arroyos cantan villancicos y gozos a la primavera. El gavilán, volando cerca de la pradera, busca ya la primera vida que despierta en el légamo. El sonido de la caída de la nieve en fusión se oye en todas las cañadas y el hielo se disuelve de prisa en las lagunas. El pasto flamea sobre las laderas como un fuego vernal, corno si la tierra mandara fuera un calor interno que saludara al sol que vuelve; el color de esa llama no es amarillo, sino verde: el símbolo de la perpetua juventud, la brizna de hierba, semejante a una cinta verde, se extiende desde el césped hasta el verano, interrumpida sin embargo por la escarcha, pero brotando de nuevo enseguida, levantando su lanza del heno del pasado año con la fresca vida de abajo. Crece tan firmemente como la

fuente mana del suelo.

Es casi idéntico al manantial, pues en los días estivales en que tanto se desarrollan, cuando los ramblizos están secos, las briznas de hierba son sus canales, y año tras año los rebaños beben de esta perenne y verde corriente y el segador extrae de ella sus víveres de invierno cuando están en sazón. Así, nuestra vida humana no muere sino que se hunde, hasta sus raíces, y brota de nuevo su verde brizna hacia la eternidad.

La vida de nuestra aldea se estancaría de no ser por los bosques y prados sin explorar que la circundan. Necesitamos el tónico de la rusticidad, a veces caminar por marjales donde acechan el alcaraván y la sora y oír el zumbido de la agachadiza, oír el susurro de la enea en la que solamente labra su nido algún ave más salvaje y solitaria y el visón se arrastra con su abdomen muy cercano a la tierra. A la par que estamos empeñados en explorar y aprender todas las cosas, requerimos que todas ellas sean misteriosas e inexplorables, que la tierra y el mar sean infinitamente salvajes, no inspeccionados ni sondeados por nosotros, por ser insondables. Jamás nos hartamos de la Naturaleza. Debemos refrescarnos con la visión de ese vigor inagotable, de caracteres vastos y titánicos, la costa marítima con sus desechos de naufragios, las selvas con sus árboles tanto vivos como yertos, la nube del trueno y el diluvio que dura tres semanas y origina inundaciones. Necesitamos ver que nuestros propios límites han sido sobrepasados y alguna criatura viviente paciendo con libertad donde jamás apacentaríamos nosotros.

Nos agrada ver el buitre alimentándose de la carroña que nos molesta y desazona, y obteniendo salud y vigor de tal comida. En el sendero que a mi casa se dirigía, se encontraba un jamelgo muerto que a veces me obligaba a salir de mi camino (sobre todo de noche, cuando el aire se ponía pesado), pero ello fue compensado por la seguridad que me proporcionó del voraz apetito y la inviolable salud de la Naturaleza. Me gusta ver que la Naturaleza este tan plena de vida como para permitirse que miles de criaturas sean sacrificadas y sufrir que se devoren las unas a las otras; que tiernas organizaciones puedan ser tranquilamente eliminadas de la existencia, aplastadas como pulpa, como los renacuajos son zampados por las garzas, o las tortugas y sapos reventados en el camino. ¡Y que a veces ello haya hecho llover carne y sangre!

Con la exposición a los accidentes, debemos ver cuán ligera cuenta se lleva por ellos. La impresión que todo eso produce a un sabio es que existe una inocencia universal. A fin de cuentas el veneno no es venenoso, ni las heridas son fatales. La compasión es un terreno muy difícil de sostener. Debe ser expeditiva y sus alegatos no toleran volverse estereotipados.

A principios de mayo, los robles, nogales americanos, arces y otros árboles que estaban brotando entre las pinedas que rodean a la laguna proporcionaban al paisaje un brillo semejante al del sol, especialmente en los días nublados, como si el sol estuviera quebrando las brumas y brillando suavemente en las laderas aquí y allá. Y así las estaciones van rodando hacia el estío como si uno paseara entre hierbales cada vez más altos. (...)

Abandoné el bosque por una razón tan potente como aquella que me llevó a él. Me pareció que quizá tenía ya varias vidas más que cumplir y que no podía dedicar más tiempo a esa clase de vida. Es notable cuán fácil e insensiblemente reincidimos en un camino particular y lo

convertimos en un sendero trillado. Aún no había vivido yo allá una semana y mis pies ya habían marcado una senda entre la puerta de la casa y la orilla de la laguna; y aunque ya hacia cinco o seis años que la recorría, todavía se la distinguía perfectamente bien. Sospecho que otros la habrán usado también y contribuido así a mantenerla abierta. La superficie de la tierra es blanda y en ella se imprimen las pisadas humanas; y lo mismo sucede con los caminitos que recorre la mente. ¡Cuán estropeadas y polvorientas deben de estar, pues, las grandes carreteras del mundo y cuán profundas las huellas que dejan en ellas la tradición y el conformismo! No quiero tomar pasaje de camarote, sino más bien ir delante del mástil, sobre la cubierta del mundo, porque desde allí podré divisar mejor la luz lunar entre las montañas. Ya no deseo viajar abajo.

Con mi experimento aprendí al menos que si uno avanza confiado en la dirección de sus ensueños y acomete la vida que se ha imaginado para sí, hallará un éxito inesperado en sus horas comunes. Dejará atrás algunas cosas, cruzará una invisible frontera; unas leves nuevas, universales y más liberales, principiarán a regir por sí mismas dentro y alrededor de él; o las viejas leyes se expandirán y serán interpretadas en beneficio suyo en un sentido más generoso, y vivirá con el permiso de seres pertenecientes a un orden más elevado. En la proporción en que haga más sencilla su vida, le parecerán menos complicadas las leyes del[universo y la soledad no será soledad, ni la pobreza será pobreza, ni la debilidad será debilidad. Si uno ha construido castillos en el aire, su tarea no se perderá; porque ahí están bien edificados. Que tan sólo ponga ahora los cimientos bajo esos castillos. (...)

¿Por qué hemos de tener una prisa tan grande en triunfar, y en empresas tan desesperadas? Si un hombre no marcha a igual paso que sus compañeros, puede que eso se deba a que escuche un tambor diferente. Que camine al ritmo de la música que oye, aunque sea lenta y remota. No importa que madure con la rapidez del manzano o del roble. ¿Cambiará él su primavera en estío? Si todavía no existe la coyuntura de las cosas para las que fuimos creados, ¿con qué realidad las reemplazaríamos? No debemos encallar en una realidad hueca. ¿Construiremos con trabajo un cielo de vidrio azul sobre nosotros, para que cuando esté hecho nos afanemos en contemplar, más lejos y arriba, el verdadero cielo etéreo, como si no existiera el anterior?

Por menguada que sea tu vida, enfréntala y vívela; no la esquives, ni le apliques rudos apelativos. Ella no es tan mala como tú. Parecerá más pobre cuanto más rico seas tú. Aun en el paraíso hallará faltas el crítico. Ama tu vida por pobre que sea. Puedes tener horas agradables, emocionantes y gloriosas hasta en un asilo. El sol poniente se refleja en las ventanas de un hospicio con igual brillo que en la mansión del hombre opulento; en la primavera, la nieve se funde ante su puerta tan pronto como en otras partes. Un alma reposada puede vivir ahí tan contenta y tener pensamientos tan alegres como en un palacio. Con frecuencia me parece que los pobres de la villa viven una vida más independiente que cualquier otra persona. Quizá son sencillamente lo bastante grandes para recibir sin desconfianza. Cultiva la pobreza como una hierba de jardín, como la salvia.

No te intereses mucho en conseguir cosas nuevas, ya sean vestidos o amigos. Da vuelta los viejos vestidos; vuelve a los viejos amigos. Las cosas no varían, nosotros sí. Vende tus ropas

y conserva tus pensamientos. Dios verá que no te haga falta la sociedad. Si yo estuviera confinado en el rincón de una buhardilla de por vida, igual que una araña, el mundo sería para mí exactamente tan grande como antes, mientras mantuviera mis pensamientos conmigo. Dijo el filósofo: Se puede capturar al general de un ejército de tres divisiones y desbandarlo, pero no se le puede quitar sus pensamientos ni siquiera al hombre más abyecto y vulgar. No busques tan ansiosamente desarrollarte, ni someterte a muchos influjos; todo eso es disipación. La humildad, como la oscuridad, revela las luces del cielo.

Las sombras de la pobreza y de la miseria se acumulan a nuestro alrededor y ¡qué maravilla!, la creación se ensancha ante nuestros ojos. Recordemos a menudo que si se nos confiriera la riqueza de Creso, nuestros objetivos deberían ser los mismos, y nuestros medios idénticos en esencia. Si además, la pobreza restringe tu actuación, si, por ejemplo, no puedes comprar libros ni periódicos, te limitarás a las experiencias de mayor significación y más vitales; ello te obligará a ocuparte del material que rinde más azúcar y más almidón. La vida más dulce es la que está más próxima a los huesos. No podrás ser una persona frívola. Nada pierde el hombre en un nivel inferior por su grandeza en un nivel superior. Con riqueza superflua no se puede comprar sino cosas superfluas. No hace falta dinero para cosa alguna necesaria para el alma. (...)

Antes que el amor, el dinero y la reputación, denme la verdad. Me senté a una mesa en la que había sabrosos manjares y vino abundante y cuidadosa atención, pero donde faltaban la sinceridad y la verdad; y me escapé con hambre de aquel ágape poco hospitalario. La hospitalidad era tan glacial como el hielo. Me pareció que no hacía falta allí hielo alguno para congelar a los comensales. Me hablaron de lo añejo del vino y de la fama de la bodega; pero pensé en un vino más viejo y más nuevo, más puro, y en una cosecha más gloriosa, que ellos no habían conseguido ni podían adquirir. Para mí, nada valen la clase, la casa, el jardín y la diversión. Fui a visitar al rey, pero hizo que lo esperara en el salón y se condujo como un hombre incapaz de hospitalidad alguna. En mi aldea había un hombre que vivía en el hueco de un árbol. Sus modales eran verdaderamente regios. Mejor hubiera hecho yo en haber ido a visitarlo a él. ¿Hasta cuándo nos sentaremos en nuestros portales, practicando vanas y rancias virtudes que cualquier trabajo convertiría en impertinentes? (...)

¡Qué jóvenes somos como filósofos y experimentadores! No existe uno solo entre mis lectores que haya vivido ya una completa vida humana. Puede que no sean estos sino los meses de primavera en la vida de la raza. No conocemos sino una pequeña cortecilla del globo en que vivimos. La mayoría de las personas no han ahondado seis pies por debajo de su superficie ni brincado otros tantos hacia arriba. No sabemos dónde nos encontramos. Además, permanecemos dormidos completamente más de la mitad de nuestro tiempo. Sin embargo, nos consideramos sabios y tenemos, sobre la superficie, un orden establecido. ¡Es verdad, somos pensadores profundos, espíritus ambiciosos! Cuando me planto cerca del insecto que se arrastra en medio de los piñones, en el suelo del pinar, tratando de esconderse a mi mirada, y me pregunto por qué el insecto acariciaría esos humildes pensamientos y ocultaría su cabeza de mi presencia cuando quizá podría ser yo su benefactor y proporcionar alguna información consoladora a su raza, me acuerdo del Gran Bienhechor y de la

Inteligencia que me observa a mí, el insecto humano.

Hay un flujo incesante de innovación en el mundo, pero toleramos una opacidad increíble. Bastará con que mencione la clase de sermones que aún se escuchan en los países más ilustrados. Existen palabras como alegría y tristeza, pero sólo son el estribillo de un salmo cantado con tonillo nasal, mientras seguimos creyendo en lo ordinario y lo mezquino. Creemos que no podemos cambiar sino de indumentaria. (...)

En nosotros la vida es como el agua de un río. Este año puede haber una crecida como jamás haya conocido el hombre, e inundar las abrasadas tierras altas; puede ser el año memorable en que todas nuestras razas almizcleras perezcan ahogadas. Donde habitamos no siempre fue terreno seco. Veo muy tierra adentro las orillas que antiguamente lavaba la corriente, antes de que la ciencia comenzara a registrar sus crecidas. Todo el mundo ha oído el cuento que ha circulado por Nueva Inglaterra, de un escarabajo fuerte y bello que salió de la seca tabla de una vieja mesa de manzano que había estado en la cocina de una granja durante sesenta años, primero en Connecticut y luego en Massachusetts; procedía de un huevo depositado en el manzano cuando este vivía, muchos años antes, como se comprobó al contar las capas anuales de la madera que rodeaba al huevo. Se lo sintió roer hacia afuera durante varias semanas, incubado probablemente por el calor de un samovar. ¿Quién, oyendo esto, no siente fortalecida su fe en la resurrección y en la inmortalidad? Quizás alguna bella vida alada asome inesperadamente en medio del mueble más trivial, manoseado por unos y otros en la sociedad, para disfrutar, al fin, de su perfecta vida estival; su huevo habría sido enterrado durante siglos bajo muchas capas concéntricas de madera, en la seca y muerta vida de la sociedad, depositado en primer lugar en el alburno del árbol vivo y verde, que se convertiría poco a poco en algo semejante a una tumba bien curada; quizá la asombrada familia del hombre, cuando se sentaba en derredor de la alegre mesa, le haya oído abrirse paso hacia afuera, royendo durante años.

La luz que enceguece nuestros ojos es oscuridad para nosotros. Sólo alborea el día para el cual estamos despiertos. Hay aún muchos días por amanecer. El sol no es sino una estrella de la mañana.